

Los intelectuales europeos y la guerra civil española

GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO

Con toda razón Aldo Garosci, uno de los autores que ha escrito acerca del impacto de la guerra civil española sobre los intelectuales de todo el mundo, ha señalado que la cantidad de la literatura producida en torno a ella más allá de las fronteras españolas permite una comparación, con ventaja para ella, con la que nació de un acontecimiento de carácter mucho más fundamental para la Historia de la Humanidad como es la de la Segunda Guerra Mundial¹. En efecto, no pocos de los libros suscitados por los acontecimientos españoles de 1936-1939 siguen guardando su valor a pesar, incluso, de haber sido concebidos como instrumentos de propaganda en favor de una causa. La Primera Guerra Mundial produjo una literatura de calidad pero puramente antibelicista y la Segunda ni siquiera lo primero. La guerra civil española, en cambio, tuvo esa virtualidad debido a las peculiares circunstancias en que se desarrolló.

Para los intelectuales de todo el mundo la guerra civil española vino a desempeñar un papel semejante, en los años treinta, al que tuvo la guerra del Vietnam en los sesenta y setenta. Lo importante de ella es que parecía literalmente imposible que ninguna persona (y menos un intelectual) careciera de postura respecto de lo que ocurría en España. George Orwell escribió que tomar las armas en el conflicto español le parecía la única postura posible y, además, en un conocido artículo, describió su propio asombro al descubrir que Henry Miller consideraba inoportuno el

¹ Como libros generales acerca de la cuestión que aquí se trata véase especialmente BENSON, Frederick R., «Writers in arms. The literary impact of the Spanish civil war». New York-London, University Press, 1967. GAROSCI, Aldo, «Los intelectuales y la guerra de España». Madrid, Júcar, 1981. HANREZ, MARC, «Los escritores y la guerra de España». Madrid, Júcar, 1981. HANREZ, Marc, «Los escritores y la guerra de España». Méjico, Monteávila, 1977. MUSTE, John M., «Say that we saw Spain die. Literary consequences of the Spanish civil war». University of Washinton Press, 1966 y WEINTRAUB, Stanley, «The last grat cause. The intellectuals and the spanish civil war». London, W. H. Allen, 1968.

ir a la España en guerra civil. Lo que llama la atención de ella es, por tanto, la generalidad con que fue sentida por los intelectuales de todo el mundo como una causa que exigía una respuesta personal y una toma de postura. Pero no sólo eso sino también la profundidad de ese compromiso hasta el riesgo personal. A fin de cuentas en la guerra del Vietnam no hubo intelectuales que tomaran las armas o perdieran la vida y no se sintió el desenlace del conflicto, como sucedió con la guerra civil española, como una «tragedia personal», en palabras de Albert Camus. Un personaje de apellido español, Gómez, de «Les chemins de la liberté» de Sartre, menciona el «complejo de inferioridad» de los intelectuales respecto de la acción y la guerra civil española pareció por un momento haber quitado la razón a esta actitud porque no sólo era posible sino también obligado actuar. Pero, además, de ello dependía nada menos que el destino de la Humanidad no sólo el destino de una nación. Malraux escribió que «las grandes maniobras ensangrentadas del mundo habían comenzado en España» y Albert Einstein, fugitivo de su Alemania natal, veía como única razón para mantener la esperanza «la lucha heroica del pueblo español por su libertad y su democracia». Con frase algo pretenciosa Gustav Regler llegó a decir que en España «no escribimos Historia, la hacemos». Hubo, pues, una proporción entre la calidad de la literatura surgida de la guerra civil y la extensión y el grado del compromiso intelectual respecto de ella, lo que contribuye a explicar que buena parte de la conmemoración cincuentenaria de la guerra civil haya tenido como referencia el examen de la literatura creada en torno a ella ².

Pero para comprender la actitud desempeñada por los intelectuales respecto de la guerra civil española es preciso tener en cuenta que desde el comienzo de los años treinta la vinculación del intelectual con la política había ido haciéndose cada vez más estrecha de acuerdo con la propia evolución de la coyuntura mundial después de la crisis de 1929. En gran medida esta vinculación entre el compromiso político y la creación artística y literaria era propiciada por el comunismo tanto desde Moscú como desde la Europa occidental. En marzo de 1932 fue creada en París la «Asociación de escritores y artistas revolucionarios» que a partir de

² Ver, por ejemplo, los siguientes títulos: «Actas del Congreso Internacional sobre la guerra civil (Historia y Literatura) celebrado en Montreal en 1977». Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1988; HART, Stephen M. (ed.) «¡No pasarán!» Art, literature and the spanish civil war». London, Tamesis Books Limited, 1988; ROMEISER, John Beal, (ed.), «Red flags, black flags. Critical essays on the literature of the Spanish civil war». Madrid, Porrúa, 1982; SANTA, Angeles, (ed.), «Literatura y guerra civil. Influencias de la guerra de España en las letras francesas e hispánicas. Actas del coloquio internacional celebrado en Lérida en diciembre de 1986». Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988; «Literatura y guerra civil. VIII Debates de crítica joven». Diputación Provincial de Almería, 1987.

1933 editó la revista *Commune*; en ella jugaban un papel importante quienes entonces eran compañeros de viajes del comunismo como Rolland y Gide. En otros países surgieron iniciativas semejantes de las que puede ser un ejemplo, refiriéndonos a España, el caso de las iniciativas surgidas en Valencia, donde el término «revolucionario» fue sustituido por «proletario», y en Madrid con la revista *Octubre* inspirada por Rafael Alberti y María Teresa León. Este tipo de organizaciones auspiciaron el Congreso internacional contra la guerra celebrado en Amsterdam en agosto de 1932, pero su labor se hizo especialmente intensa sobre todo a partir de la caída del régimen democrático en Alemania. Un exiliado comunista alemán, Willi Muenzenberg, que colaboró también de manera importante en la organización de las Brigadas Internacionales, fue el animador de estas iniciativas culturales.

De todas las maneras no ha de pensarse que la beligerancia política del intelectual fuera un fenómeno inducido desde una ideología concreta sino que constituía un rasgo muy marcado y característico del momento en el que coincidían y convivían ideologías diversas. Así, por ejemplo, en el «Comité de vigilancia de los intelectuales antifascistas», nacido en París, convivían radicales con comunistas y de hecho predominaban los primeros; algo parecido puede decirse de la revista *Vendredi*. A partir de 1934 la beligerancia política de los intelectuales arreció, de acuerdo con el empeoramiento de la situación política interna de las democracias y los frecuentes conflictos internacionales que hacían ya presagiar el estallido de la guerra mundial. Los sucesos de febrero de 1934 en París movilizaron a buena parte de los intelectuales de tendencias fascistas: Drieu La Rochelle llegó a decir que deseaba que «este momento durara siempre» y Brasillach que constituía «una instintiva y magnífica revuelta». Luego, en 1935, cuando se produjo la invasión italiana de Etiopía hubo una verdadera guerra de manifiestos, no sólo de izquierdas sino también de derechas «en defensa de Occidente» o de los sectores católicos de centro «por la justicia y la paz».

La labor organizativa de las actitudes colectivas de los intelectuales en torno a la política estuvo, sobre todo, en manos de los comunistas. No olvidemos que en el verano de 1934 se celebró en Moscú el primer Congreso de escritores de la URSS del que surgió una ortodoxia intelectual; sin embargo para tener influencia en Europa occidental el lugar obvio para todas las iniciativas era París donde la cultura seguía teniendo una enorme trascendencia social y donde, al mismo tiempo, existía un partido comunista fuerte. Fueron comunistas (Nizan, Ehrenburg, Aragón...) los que auspiciaron fundamentalmente el Congreso Internacional de escritores por la defensa de la cultura celebrado en la capital francesa en marzo de 1935 con la presencia de 230 delegados de 38 países. La representación

francesa da idea de la extensión y también los límites de la influencia comunista en este tipo de tareas. De ella habían sido excluidos los surrealistas por afines al troskismo; de los doce miembros del comité ejecutivo nombrado para organizar una asociación destinada a seguir promoviendo los propósitos de la reunión, tres eran franceses y todos ellos (Rolland, Gide y Barbusse) muy próximos al partido comunista. Sin embargo el segundo, que durante el Congreso llegó incluso a hablar de un «comunismo individualista» como ideal de vida y que hizo el discurso de apertura, acabó rompiendo con la URSS en 1936 y, sobre todo, 1937. Como veremos en este último año, en el II Congreso celebrado en España, estaba destinado a convertirse en destinatario del repudio de los más cercanos a los comunistas. En el de 1935 tomaron parte algunos escritores que tenían muy poco que ver con el comunismo como Huxley y Forster; Shaw, Wells y Thomas Mann, aunque estuvieron ausentes, fueron nombrados miembros del citado comité ejecutivo. A las alturas de 1935 el grado de polarización de la vida intelectual francesa era semejante al de la época del affaire Dreyfuss; aunque en grado menor algo relativamente parecido puede decirse de Gran Bretaña en donde el sindicato estudiantil de Oxford, estimulado por ideales pacifistas, había votado no participar en ninguna guerra ³.

Esta politización de los intelectuales fue también perceptible en España y tanto a ella como a la posterior posición de los intelectuales españoles ante la guerra civil hay que hacer una somera mención, al menos como contraste respecto de la posición adoptada en otros países.

La politización general de la intelectualidad española fue anterior en el tiempo a la de otros países: los intelectuales jugaron un papel decisivo en el final de la Dictadura de Primo de Rivera; luego, durante la República, aunque tuvieron un papel importante en sus momentos iniciales, ya no fue tan primordial. La guerra les afectó duramente: no se trataba, para ellos, como para los intelectuales de más allá de los Pirineos, de adoptar una posición respecto de un conflicto distante sino que de ella dependía la vida propia y la de sus familiares. A fin de cuentas si Lorca fue asesinado por los vencedores en la guerra civil también lo fue Maeztu por los que perdieron.

³ SHATTUK, Robert, «Writers in defense of the culture» en *Partisan review*, 1984; AZNAR, Manuel, «Primer Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura (Paris 1935). Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciencia, 1987; ORY, Pascal; SIRINELLI, Jean François, «Les intellectuels en France de l'affaire Dreyfuss à nous jours». Paris, Armand Colin, 1986, 94-113.

No es posible aquí hacer una descripción completa de la posición de los intelectuales españoles respecto de la guerra civil, pero sí resulta obligado hacer unas precisiones. Una visión en exceso simplificadora presenta a toda la intelectualidad vinculada con la causa de la República y esa es una interpretación discutible. Los sublevados no tuvieron una política cultural de trascendencia, ni entre ellos desempeñó un papel importante ningún intelectual conocido (como Azaña y Negrín en el bando republicano). Tuvieron, sin embargo, el apoyo de quienes procedían de la derecha conservadora, quienes habían evolucionado hacia el fascismo a partir de una postura liberal (D'Ors) y de una buena parte de la generación poética más joven, la llamada generación de 1927. Fue ésta también la generación que proporcionó al bando contrario más figuras directamente beligerantes en el campo de la propaganda, como Rafael Alberti. Los casos de la generación del 98 o de la Primera Guerra Mundial son mucho más complicados. La primera, como demuestra el caso trágico de Unamuno y también de Baroja, se sintió brutalmente desplazada por los dos bandos e insatisfecha con ellos. La excepción serían los hermanos Machado, colaboradores habituales hasta la fecha y ahora convertidos en portavoces de cada uno de los dos bandos. Aún identificado con la República, el caso de Juan Ramón Jiménez demuestra también una incapacidad de entregarse a una opción, en términos semejantes cabría hablar en el bando sublevado del caso de Falla. En realidad el desplazamiento de esta generación databa de los años de la República, antes de que estallara la guerra civil. Resulta, por ello, de mayor importancia hacer alusión a la generación del 14, a la que pertenecían Azaña y Negrín, que habían seguido representando un papel importante en la vida política de los tiempos republicanos. Lo que llama la atención acerca de ellos es precisamente la frecuencia con que optaron por el silencio. Tanto Ortega como Marañón y Pérez de Ayala criticaron la posición de los intelectuales extranjeros respecto de la guerra civil, repudiaban la revolución, deseaban secretamente el triunfo de Franco y tenían a sus hijos combatiendo a sus órdenes, a pesar de que sintieran muy escasa simpatía por el fascismo. Para ellos Franco era algo así como el mal menor inevitable.

La actitud de partida de los intelectuales no españoles, en cuanto que espectadores y no protagonistas de los acontecimientos de la península podía ser (y, de hecho, fue) distinta en su planteamiento. En su prólogo al libro de Benson Salvador de Madariaga, un intelectual liberal que trató durante toda la guerra de llegar a una paz a través de la mediación, recordó que un dicho español —«Una cosa es el bayo y otra el que lo ensilla»— era de directa aplicación a lo sucedido en España. Mientras que los intelectuales españoles tenían que hacer su propia elección con riesgo de su vida, al mismo tiempo quienes hasta entonces habían tenido una

modesta o nula preocupación por los asuntos españoles se sintieron obligados a tener que adoptar una posición respecto de los acontecimientos de España.

El estallido de la guerra civil fue, en efecto, el clímax emocional del ambiente intelectual de los años treinta. Lo sucedido en España no fue el precedente de la guerra mundial desde el punto de vista estratégico, pues sus enseñanzas militares fueron escasas; desde el punto de vista de las relaciones internacionales mejoró considerablemente la posición de Hitler, pero su importancia es mayor en el terreno cultura e intelectual hasta el punto de que existe una desproporción entre la real importancia de la guerra y su repercusión en este terreno literario e intelectual. La ocasión era óptima para que un acontecimiento externo sirviera de catalizador del compromiso político de los intelectuales que les había llevado a una política radical en sentido izquierdista y también, en ocasiones, fascista. Así se explica que la inmensa mayoría de los intelectuales opinara sobre la guerra y que además lo hiciera tomando partido por uno de los dos bandos. Si en el terreno de las relaciones internacionales la política oficial de las naciones democráticas fue de no intervención, ésta no existió mayoritariamente en la opinión pública y menos aún entre los intelectuales que se bipolarizaron muy mayoritariamente respecto del conflicto. Para ellos, como escribió Stephen Spender, los sucesos de España venían a ser como una reedición de la revolución de 1848, es decir, un conflicto en el que la libertad y la justicia estaban tan claramente en uno de los bandos que por ello constituía un símbolo de esperanza y una obligación identificarse con él. Spender utilizaba el paralelismo de 1848 también en otro sentido: en este momento histórico se había dado una estrecha alianza entre los liberales y los partidarios de soluciones socialistas; algo parecido podía producirse en 1936 en torno a la guerra civil española.

Claro está que en ese conflicto de 1936 reverdecía la vieja imagen romántica de España como mundo primitivo, pero auténtico, en donde se podrían encontrar las fuentes para una transformación del mundo. Cuando Louis Fischer, periodista norteamericano, decía que los voluntarios de la guerra española eran los «Lafayette de la moderna sociedad industrial» no ironizaba y tampoco lo hacía Malraux cuando afirmaba que en España los hombres eran «como chicos». España era la antítesis de una civilización urbana corrompida y mecánica; lo era para personas tan diferentes en ideología como el apolítico, pero republicano, Hemmingway o el fascista Drieu la Rochelle.

Hubo intelectuales que murieron combatiendo en las resecaas tierras españolas (Ralph Fox o John Cornford) y hubo también quienes fueron heridos, como George Orwell o Regler, o quienes pusieron en peligro su

vida merced a su compromiso como Malraux. Sin embargo hubo también quien, como Hemmingway, convirtió su estancia en un espectáculo por el procedimiento de hacer que un matador de toros norteamericano se convirtiera en su secretario. Muy a menudo el conocimiento de lo que sucedía en España era muy escaso y superficial y, además, la preocupación por lo que allí sucedía fue epidérmica y poco duradera consistiendo en hacer figurar el nombre propio en un manifiesto suscrito por muchas otras personas. La propia literatura engendrada por la guerra civil más allá de España, si tiene calidades obvias, al mismo tiempo tiene ejemplos óptimos de transformación de la obra literaria en pura propaganda.

Como sucedió en el caso de España fueron los más jóvenes del mundo intelectual quienes se mostraron más beligerantes respecto de la guerra española y esto vale tanto para los izquierdistas extremos como para los fascistas. En su *Diario* Virginia Woolf veía como un hecho externo la emergencia de ese recurso a las armas y se preguntaba por lo que podía haber hecho que su sobrino Julian Bell fuera a España y acabara muriendo en ella. «Supongo —meditaba— que es una fiebre en la sangre de la nueva generación que probablemente no podemos comprender». No era una fiebre meramente política sino que también se refería a la propia tarea del escritor que había encontrado de esa manera su razón de ser en la adopción de una postura respecto de un acontecimiento como el español. «En un mundo donde la poesía parece abandonada y reducida a ser el vehículo exaltado de unos pocos especialistas o una superstición de pueblos atrasados —escribió Spender— este despertar del sentimiento de un futuro rico en poesía es tan notable como la lucha por la libertad misma».

No fueron tan sólo los escritores los protagonistas de la vida cultural que se pronunciaron respecto del caso de España. Mientras que Picasso pintaba el «Guernica» y Miró su cartel en apoyo de la causa republicana para el Pabellón español en la Exposición Internacional de París, también Oskar Kokoschka pintaba carteles a favor de la República y Henry Moore o Herbert Read se identificaban con la causa republicana. Pero es probable que mucho mayor impacto sobre la opinión pública tuvieran los escritores de diferentes significaciones. Es obvio, por la importancia de su tradición literaria y por la libertad política en la que vivían (inexistente en Italia y Alemania), que debemos hacer especial alusión al impacto de la guerra civil española en Gran Bretaña y en Francia⁴. En estos países

⁴ Como bibliografía complementaria para estos dos países véase: BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse, «La guerre civile espagnole et la littérature française». Montreal, Didier, 1972; CUNNINGHAM, Valentine, «Spanish Front. Writers on the Spanish civil war». Oxford University

centraré este texto, aún ejemplificando también la posición de los intelectuales ante la guerra española con la mención de otros escritores como Arthur Koestler y Gustav Regler.

De entrada hay que señalar que la muy clara mayoría de los intelectuales optaron por la República durante la guerra. Aunque la proporción no sea exactamente merece la pena recordar que una encuesta realizada por una revista de izquierdas británica atribuyó tan sólo el 3 por 100 de las respuestas a quienes apoyaban a Franco siendo las restantes favorables a la República (en Estados Unidos sólo el 0,25 por 100 de las respuestas, es decir uno de entre cuatrocientos escritores consultados fue partidario de Franco). A veces la cuestión parecía tan clara a los consultados que respondían tan solo con una palabra: Samuel Beckett lo hizo con un «UPTHEREPUBLIC!». Hubo, sin embargo, casos de quien se negaban a adoptar postura alguna, también muy minoritarios, y de quienes estaban a favor de Franco, de los que es preciso recordar no sólo su carácter excepcional sino también sus motivos; en general debe señalarse que los que adoptaron una postura de desinterés fueron más frecuentes en Gran Bretaña, mientras que esa postura era simplemente inconcebible en Francia en donde Franco obtuvo, sin embargo, más apoyos. En una postura crecientemente escéptica, Bernard Shaw satirizó en una obra suya a los organismos internacionales y a los principales protagonistas del conflicto español sin inclinarse por nadie. Elliott y Joyce expresaron también su deseo de no tomar posición en una cuestión que consideraban política, Henry Miller se negó con indignación y por escepticismo radical a tomar cualquier tipo de postura.

Otros sí lo hicieron a favor de Franco, pero probablemente su posición puede describirse del modo que se quiera aunque siempre sin ningún tipo de entusiasmo respecto de él. Evelyn Waugh, por ejemplo, declaró que si fuera español lucharía a favor de Franco pero que no era fascista ni lo sería a no ser que la otra alternativa fuera el comunismo; la única respuesta favorable al general español en Estados Unidos partía de una posición semejante de la que lógicamente sólo cabía esperar una modesta ayuda en favor de los sublevados.

En realidad la causa de Franco sólo encontró dos apoyos fundamentales en el mundo intelectual: el de quienes habían evolucionado hacia el fascismo y del mundo cultural católico. En Gran Bretaña el primero de estos dos mundos era muy reducido. Dos colaboradores de la revista de

Press, 1986; HOSKINS, Katharine Bail, «Today the struggle: Literature and Politics in England during the Spanish civil war». University of Texas Press, 1969.

Oswald Mosley, Wyndham Lewis y Roy Campbell, escribieron en contra de los intelectuales identificados con el Frente Popular más que a favor de Franco. El segundo, que se llegó a definir como «soldado católico de Franco», luchó en sus filas. Sin embargo incluso entre quienes habían evolucionado en este sentido fascista no hubo una identificación total con la postura de Franco. Ezra Pound, por ejemplo, se limitó a atacar a la izquierda intelectual asegurando que, para ella, España era «el lujo intelectual de una banda de dilettantes con cerebro reblandecido», pero le interesaba muy poco la causa de los sublevados porque decía de los sucesos de España que no tenían mayor interés que «el desecamiento de un pantano lleno de mosquitos en el fondo de África».

En Francia aunque el fascismo como movimiento político tuviera una importancia reducida en cambio tenía un impacto intelectual decisivo a través de Charles Maurras y su «Action Française»⁵. Desde el «affaire Dreyfuss» Maurras y su movimiento nacionalista radical se habían convertido en uno de los polos del mundo intelectual y cultural francés. Sin embargo, la condenación que la Iglesia católica había hecho de sus doctrinas en 1926 había limitado su influencia en aquel sector en el que más lógicamente podía llegar a tener influencia. La guerra civil española proporcionó a Maurras una excelente ocasión para recuperarla y aumentarla y, además, demostrar que sus ideas no respondían a una utopía sino que podían ser convertidas en una realidad. Maurras denunció con violencia la ayuda prestada por el Frente Popular francés a su homólogo español y por este procedimiento consiguió influir de un modo decisivo en la política francesa. En mayo de 1938 visitó España y se entrevistó con Franco respecto de alguno de cuyos colaboradores tenía una indudable influencia; sin embargo una dictadura centralista, militar y personal como la de Franco mantenía una esencial divergencia con respecto a las tesis maurrasianas, monárquicas y regionalistas. El balance para *Action Française* de su apoyo a Franco fue muy positivo: de nuevo consiguió acercarse a los sectores católicos e incluso en 1939 se volvería a admitir su ortodoxia religiosa; a pesar de lo controvertido de su postura fue elegido académico, precisamente, durante los años de la guerra civil española. Relacionado con Maurras hubo también un importante grupo de intelectuales más jóvenes que apoyaron con parecido entusiasmo a Franco. Massis escribió sobre los cadetes del Alcazar, Brasillach en *Les sept couleurs* caracterizó de modo peculiar el fascismo «católico» de Franco y Drieu La

⁵ WEBER, Eugen, «Action Française. Royalism and reaction in twentieth century France». Stanford, University Press, 1962, 379 y ss.

Rochelle descubrió, en su novela *Gilles*, publicada en 1936, España como el lugar en el que su protagonista podía recuperar la ilusión vital.

De todos los modos el gran apoyo exterior de Franco residió, tanto o más que en el fascismo, en el catolicismo debido a la persecución religiosa padecida en la zona controlada por el Frente Popular. Para intelectuales carentes de preocupación religiosa era posible, incluso en el clima enfervorizado de los años treinta, prescindir de una toma de postura respecto del conflicto español, pero era casi imposible no adoptarla en el caso de ser católico, dados los sufrimientos de los correligionarios y la postura adoptada por la jerarquía de todo el mundo en especial después de la Carta Colectiva de los obispos españoles. En los países anglosajones donde el catolicismo actuaba en un contexto democrático desde hacía ya mucho tiempo, en especial en los partidos de izquierda, la cuestión de la persecución religiosa pudo tener menor importancia, pero en los países latinos donde todavía estaba muy presente una derecha católica antiliberal se produjo un verdadero desgarramiento en el mundo católico y, por tanto, también entre los intelectuales ⁶.

En Gran Bretaña la condición de católico de Hillaire Belloc, junto con su evolución hacia el autoritarismo, contribuye a explicar su posición a favor de Franco, quien le recibió al final del conflicto, pero la influencia del escritor era ya escasa y además su posición no era compartida por otros escritores de la misma significación, como puede ser el caso de Graham Greene.

La polémica fue mucho más grave y perdurable en Francia donde, como es lógico, la proximidad geográfica convertía a la cuestión española en especialmente controvertida. La mayor parte de los católicos simpatizaron con Franco, aunque no se identificaran con el ideal de «Cruzada», tal como él lo expresaba. En general este tipo de posición se basaba en una tendencia a exculpar los procedimientos represivos de Franco y en juzgarle como un gobernante muy poco parecido a los jefes fascistas. No se puede decir que la postura de los intelectuales católicos que así opinaban fuera muy elaborada pero con el transcurso del tiempo fue claramente mayoritaria. La posición más resonante puede ser la de Paul Claudel quien a mediados de 1937 publicó, como prólogo a un libro sobre la

⁶ La autora de esta conferencia está preparando un libro con Javier Tusell acerca del impacto de la guerra civil española sobre el catolicismo mundial. Véase un avance de este estudio en «El catolicismo británico y la guerra civil» en *La Iglesia católica y la Guerra Civil Española. Cincuenta años después*. Madrid, Instituto Fe y Secularidad-Fundación Friedrich Ebert, 1990, 101-141.

persecución religiosa en España, una extensa oda a los mártires españoles.

Hubo, sin embargo, un sector minoritario del catolicismo francés que adoptó una postura distinta y que habría de resultar muy influyente, sobre todo concluida la Segunda Guerra Mundial. La actitud más elaborada fue la de Jacques Maritain que además fue el animador de una serie de iniciativas intelectuales y políticas importantes. Maritain tardó en expresar su postura, pero cuando lo hizo repudió la idea de que la guerra civil pudiera tener un componente religioso. Promotor de una larga serie de manifiestos en contra de los bombardeos aéreos sobre la población civil y, en general, para la humanización de la guerra, fue el principal animador del intento de llegar a la paz a través de la mediación propuesto por un Comité por la paz religiosa y civil en España que tuvo delegaciones en Francia y en Gran Bretaña ⁷. Merece la pena citar otros dos intelectuales cuya posición fue coincidente en lo esencial con la de Maritain. Más joven que él, Emmanuel Mounier representaba una posición más simpatizante con la izquierda y con los movimientos revolucionarios. De ahí que su revista *Esprit* oscilara entre la simpatía por la República y el deseo de lograr la paz a través de la mediación ⁸. François Mauriac era, por el contrario, un autor ya consagrado como novelista y como articulista en la principal prensa conservadora francesa del momento. En un primer momento su postura fue la de alinearse con Franco pero luego el espectáculo de la barbarie represiva en Badajoz y el de la resistencia de los nacionalistas vascos católicos le hizo optar por una posición muy semejante a la de Maritain ⁹. También, aún con perfiles propios, se puede identificar con la posición de Maritain aquella a la que llegó Luigi Sturzo, el fundador del Partido Popular italiano quien por estos años diseñó lo esencial de su pensamiento político. Su postura, expresada a través de artículos en la prensa suiza, británica y francesa, coincidía con la de Maritain en la voluntad de llegar a la paz a través de la mediación y repudiar el carácter religioso de la guerra ¹⁰.

El caso de Georges Bernanos es distinto. A diferencia de las restantes personalidades citadas que hacía tiempo actuaban desde una óptica li-

⁷ DOERING, Bernard E., «Jacques Maritain and the French Catholic intellectuals». University of Notre Dame Press, 1983, 85-125.

⁸ HELLMANN, John, «Emmanuel Mounier and the new catholic left, 1930-1950». University of Toronto Press, 1981, 118-121 y WINOCK, Michel, «Histoire politique de la revue *Esprit*». Paris, Seuil, 1975, 127-131.

⁹ LACOUTURE, Jean, «François Mauriac». Paris, Seuil, 1980, 319-349.

¹⁰ CAMPANINI, Giorgio, (ed.), «I cattolici italiani e la guerra di Spagna». Brescia, Morcelliana, 1987, 167-190.

beral, Bernanos era un hombre procedente de la extrema derecha autoritaria. Presente en Mallorca en el momento del estallido de la guerra civil, no sólo fue partidario de la sublevación sino que su hijo llegó a colaborar con ella. Fue el espectáculo de la represión lo que le hizo volverse en contra de los políticos sublevados y de las autoridades eclesiásticas que eran tolerantes con los asesinatos. Su obra *Les grands cimetières sous la lune* no es propiamente una novela sino un escrito de denuncia que puede contener errores, pero del que destaca la sinceridad y la autenticidad de los ataques en contra de aquellos a quienes Bernanos denominó como «los bienpensantes». Decepcionado de la contrarrevolución española y también de quienes la defendían en Francia, Bernanos mantuvo lo esencial de sus ideas reaccionarias que incluían el antisemitismo y acabó emigrando hacia Brasil de donde no volvería hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Su posición puede considerarse como insobornablemente personal sin que se pueda asimilar a la de ningún otro intelectual, católico o no; su libro, sin ningunas pretensiones teóricas, tuvo un inmediato éxito, convirtiéndose por su calidad en una de las cumbres de la literatura acerca de la guerra civil española ¹¹.

La mayor parte de ésta, sin embargo, y también la de un interés más perdurable, fue elaborada desde posturas próximas a la causa republicana; no obstante hay una cierta semejanza entre la obra de Bernanos y la de muchos de los que apoyaron a la república. Parte de los libros surgidos con ocasión de la guerra civil se autodefinían como novelas mientras que otros pretendían ser reportajes, pero la realidad es que los límites entre una fórmula literaria y otra no son muy precisos: en todos los casos se trataba de narrar una experiencia personal de la guerra que, además, traslucía los propios planteamientos ideológicos. El escritor comunista francés Jean Pierre Bloch señaló las características que las circunstancias y el compromiso político mismo imponían a los escritores. «Los tiempos son para los corresponsales de guerra, no para los escritores; para los soldados, no los historiadores; para los actos, no para los pensamientos».

En esta frase se encuentra encerrado, al mismo tiempo, el dilema esencial de la literatura surgida en torno a la guerra civil española: es obvio que el puro reportaje o, sobre todo, la toma de postura podían resultar más directamente útiles para los propósitos que guiaban a los intelectuales a intervenir en España, pero eso no implicaba necesariamente la calidad del resultado literario. En general los simples reportajes o las

¹¹ BERNANOS, Jean Loup, «Georges Bernanos a la merci des passants». París, Plon, 1986, 275-293.

tomas de postura muy ideologizadas no tienen otro interés que el histórico, aunque este sea mucho, como sucede en el caso del libro de Franz Borkenau *The Spanish cockpit*.

De la literatura muy comprometida y propagandística a favor de la República probablemente lo que merece la pena ser recordado es, sobre todo, la poesía (la novela, como en el caso de Upton Sinclair, resulta en exceso maniquea). Por supuesto no hay que esperar de la manifestación de entusiasmo por una causa la corrección en los planteamientos históricos; por eso cuando el poeta británico C. Day Lewis presentó la guerra civil española como «una batalla entre la luz y las tinieblas de la que solo un ciego puede no darse cuenta», simplificaba en extremo. De todas las maneras siempre tendrá un valor indudable el sentido del compromiso militante adoptado por muchos de esos escritores. «No podemos marginarnos de la vida con el pensamiento» —escribió John Cornford, poeta comunista muerto entre los olivares de Lopera— «y la libertad debe ser ganada, no comprada».

De todos los modos la mejor poesía militante a favor de los republicanos durante la guerra civil es aquella que traspasa la propaganda para conseguir unos acentos personales. Stephen Spender, por ejemplo, exaltaba las tesis literarias comunistas, consistentes en proponer una especie de poesía épica, pero su mejor aportación lírica nace de aquellos momentos, mayoritarios, en que no las practicó. Louis Aragon alcanza los más expresivos acentos cuando no hace épica sino que recuerda los momentos en que acompañó a un conjunto folklórico catalán en gira de propaganda por Francia. Auden acabó repudiando su poema *España*, en una de cuyas estrofas había defendido «la consciente aceptación de la culpa en el necesario asesinato». Orwell comentó sobre este poema que solo podía haber sido escrito por alguien para el que el asesinato fuera tan solo una palabra.

El momento álgido de esta función propagandística de la literatura en el bando republicano fue el II Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia en el verano de 1937 y luego trasladado al frente de Madrid¹². Participaron en él Malraux, Spender, Koltsov, Ehrenburg, Neruda, Vallejo, Guillén... etc., pero el hecho de que se convirtiera en una manifestación de apoyo no sólo al Frente Popular español sino también a la URSS estaliniana acabó por tener como consecuencia el reflujo de este género de compromiso literario y político. No puede haber duda de ese

¹² AZNAR SOLER, Manuel y SCHNEIDER, Luis Mario, «II Congreso de Escritores Antifascistas (1937). Ponencias, Documentos y Testimonios». Barcelona, Laia B, 1979.

género de identificación con el comunismo. En el transcurso de las sesiones Koltsov hizo una entusiástica defensa de la Constitución recientemente aprobada en Rusia y Bergamín no sólo criticó a los intelectuales «hamletianos», es decir a aquellos que dudaban antes de tomar una postura, sino que se expresó en términos muy duros respecto de Gide, que, como sabemos, había sido protagonista decisivo del Congreso anterior. Las Memorias de Azaña y las de Spender revelan, en sus referencias al Congreso, esos aspectos propagandísticos y menos positivos de aquella experiencia.

La literatura acerca de la guerra civil española que conserva más valía es sin duda la de quienes participaron en el conflicto y que, a pesar del compromiso de los autores con la causa republicana, concluyó con una cierta decepción, más o menos perceptible en lo que escribieron. En el fondo es en la tensión entre el ideal revolucionario tal como era sentido antes de acudir a España y la dificultad de su realización o el cambio de actitud al ver en qué se traducía en la práctica en donde radica la fuerza de estos libros. Como se ve, se trata de un proceso autocrítico en cierta manera paralelo al de Bernanos. En cambio en la novela que tuvo mayor éxito más allá de España *Por quien doblan las campanas*, de Hemmingway, falta este componente de modificación autocrítica del propio ideario e incluso una reflexión política acerca de lo que estaba sucediendo y ello tiene obvios inconvenientes para el texto. Malraux, Orwell, Regler y Koestler fueron testigos, como Hemmingway, de la guerra española y pusieron sus vidas en peligro en mucho mayor grado que el escritor norteamericano pero, además, supieron también hacer una reflexión, de manera más o menos implícita, acerca de cuestiones que todavía siguen revistiendo el máximo interés. Cercanos todos ellos al partido comunista o a la extrema izquierda habían ya demostrado un espíritu independiente (Malraux), se sentían cada vez más lejanos de la ortodoxia radical (Koestler) o se habían adscrito recientemente a un partido (Orwell). Su experiencia española fue vitalmente decisiva porque les encaminó en un sentido diferente al que había guiado sus pasos hasta entonces.

André Malraux había sido desde hacía tiempo un compañero de viaje del partido comunista al que había llegado, como Gide, tras haber sido espectador de las miserias del colonialismo¹³. Independiente y capaz de coincidir con Gide en su crítica a la URSS, su obra *L'Espoir*, sin embargo, ha podido ser entendida como una respuesta a éste. Malraux, en efecto, había asegurado que el comunismo «devuelve al individuo su fertilidad»

¹³ THORNBERRY, R. S., «André Malraux et l'Espagne». Geneve, Droz, 1977 y LACOUTURE, Jean, «André Malraux. Une vie dans le siècle». Paris, Seuil, 1973, 225-263.

y la tesis principal de su novela parece consistir en la defensa de los postulados estratégicos del partido comunista respecto de la revolución española. De ahí que la primera parte de la obra se titule «La ilusión lírica» aludiendo al revolucionarismo de los anarquistas, mientras que la tercera tenga un título que se identifica con lo que se puede entender como la tesis de los comunistas, es decir, la necesidad de «organizar el apocalipsis». Desde esta perspectiva se entiende el ataque que Trotsky hizo desde Méjico tanto a la novela como al propio Malraux acusándole de ser un agente al servicio de la GPU y un defensor de los juicios políticos que estaban teniendo lugar en Rusia. Malraux respondió con una frase que constituye, al mismo tiempo que una buena explicación de su postura, un argumento para justificarla: lo que le separaba de Trotsky era «un conflicto de prioridades», él prefería la perduración de la causa republicana y ello le llevaba a alinearse con los comunistas ortodoxos. De todos los modos en su posición ya se apreciaban contradicciones y elementos para una posterior evolución. Un personaje de su novela, García, afirma que «el gran intelectual es el hombre del matiz, del grado, de la cualidad, de la verdad en sí misma, de la complejidad. Es por definición, por esencia, antimaniquero, pero los medios para la acción son esencialmente maniqueos». Malraux seguiría su evolución de manera lenta y sin estridencias alejándose del comunismo definitivamente en el momento del pacto germano-soviético. «La revolución a este precio, no», dijo entonces. En la película «Sierra de Teruel» también sobre la guerra española es perceptible un interés creciente en valores simplemente humanos y democráticos, no relacionados con el comunismo.

George Orwell no era un escritor conocido como Malraux y su *Homage to Catalonia* tampoco alcanzó gran difusión; sus éxitos literarios fueron posteriores a la Segunda Guerra Mundial ¹⁴. Sin embargo su libro no es sólo, quizá, el mejor reportaje acerca de la guerra civil española escrito por un testigo presencial sino que además tiene las grandes virtudes que siempre se apreciaron en Orwell: ese aire de decencia y honestidad sin tapujos ni adherencias (como las que hicieron a Malraux presentarse como un heroico aviador) y esa mezcla de la descripción de los acontecimientos con la reflexión íntima que constituye el mayor atractivo de Orwell como escritor. Por otro lado en él la experiencia española fue mucho más decisiva que en Malraux. Éste no volvió a hablar de España que ni siquiera aparece en sus *Antimemoires*, aunque como ministro no hubiera aceptado, por ejemplo, que De Gaulle visitara la España de Franco. Orwell, en cambio, siempre consideró que su viaje a España contri-

¹⁴ CRICK, Bernard, «George Orwell A. Life». London, Penguin Books, 1980, 313-352.

buyó de manera decisiva a configurar su concepción de la vida que aparece en sus novelas finales. Descubrió, por ejemplo, que la mentira era el instrumento y el rasgo principales del totalitarismo y se identificó, ya de una manera irreversible, con el socialismo democrático.

También la experiencia española jugó un papel decisivo en la obra de otro autor relevante, Arthur Koestler. En su caso la evidencia del impacto se aprecia no sólo en sus libros inmediatos, como *Testamento español*, sino también en obras muy posteriores, como *El cero y el infinito*, en que la experiencia de estar en una cárcel de Franco esperando junto a la ventana la llegada de quienes iban a ejecutarle se trasladaba a un comunista heterodoxo ¹⁵.

A la hora de establecer algunas conclusiones acerca de la posición de los intelectuales europeos en torno a la guerra civil española resulta imprescindible hacer alusión a esa sensación de desilusión nacida del derrumbamiento de una causa que parecía tan excelente. Había un primer motivo para esa actitud y era el mismo hecho de ser consciente de que, como señaló Camus, también las buenas causas podían ser derrotadas. En adelante, sobre todo en los países anglosajones, hubo una profunda desconfianza respecto de la entrega a los ideales revolucionarios. Por eso el poeta Auden pudo afirmar que la guerra civil española había radiografiado «las mentiras sobre las que se basa nuestra civilización». Años después, tras la Segunda Guerra Mundial, un personaje de Jonh Osborne en *Mirando hacia atrás sin ira* podía decir que la guerra civil española había sido la «última gran causa» de la izquierda intelectual mundial. Ya no habría otra tan completa y tan satisfactoria.

Sin embargo sería un error considerar esa desilusión como lo único relevante en la posición de los intelectuales respecto de la guerra civil española. Hay que tener en cuenta que la desilusión respecto del ideal revolucionario era inevitable y que otros acontecimientos (como los juicios de Moscú o el pacto nazi-soviético) hubieran acabado provocándola. Los intelectuales, además, no tenían en sus manos la posibilidad de influir en acontecimientos bélicos como aquellos y conseguir la victoria para la República.

Por otro lado la desilusión no se refirió a la causa de la República en sí sino a la del comunismo y no desapareció de manera radical el deseo de compromiso que había provocado. Del compromiso entusiasta que los intelectuales habían tenido con la causa perdedora en la guerra civil es-

¹⁵ KOESTLER, Arthur, «Autobiografía», «V. La escritura invisible». Madrid, Alianza-Emecé. 1974, 60-88.

pañola desapareció el entusiasmo pero el compromiso se mantuvo trasladándose, tras el aprendizaje de 1936-39, a las posiciones humanistas y democráticas. Por eso si en 1939 se eclipsó un compromiso ese mismo año nació otro.

La guerra civil española, en definitiva, coincidió con el clímax de las tensiones en el mundo intelectual; la posición de los escritores fue un testimonio de esa situación y, al mismo tiempo, contribuyó a reproducirlas y aumentarlas en los medios de comunicación de todo el mundo. Además, los alineamientos que durante esos tres años se produjeron en el mundo de la cultura presagiaron en buena medida los que iban a tener lugar durante la Segunda Guerra Mundial. No es, pues, una causalidad que algunos de los intelectuales partidarios de Franco fueran condenados por colaboracionismo (Maurras, Brasillach...) mientras que otros, como Claudel, debieron pasar de escribir una oda en alabanza a Pétain a redactar otra en honor de De Gaulle.